

Álvaro del Portillo

Hoja Informativa nº 7



La ordenación sacerdotal del Siervo de Dios
Gracias obtenidas
El CITE en Cebú



3 EDITORIAL

4 VIDA DEL SIERVO DE DIOS

7 GRACIAS OBTENIDAS

11 CON SU EMPUJE EN CEBÚ

Monseñor Álvaro del Portillo nació en Madrid (España) el 11 de marzo de 1914. Era Ingeniero de Caminos y Doctor en Filosofía y en Derecho Canónico.

Se incorporó al Opus Dei en 1935. El 25 de junio de 1944 fue ordenado sacerdote, y dos años después fijó su residencia en Roma, donde colaboró directamente con San Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

Su servicio a la Iglesia se manifestó, también, en la dedicación a los encargos que le confió la Santa Sede y, especialmente, en su activa participación en los trabajos del Concilio Vaticano II.

En 1975, tras el fallecimiento de San Josemaría, fue elegido para sucederle en el gobierno del Opus Dei. El 6 de enero de 1991 el Santo Padre Juan Pablo II le confirió la ordenación episcopal.

El gobierno pastoral del Siervo de Dios se caracterizó por la fidelidad al espíritu del Fundador y por el afán de extender por todo el mundo los apostolados de la Prelatura y la llamada a la santidad en la vida ordinaria.

La madrugada del 23 de marzo de 1994, pocas horas después de regresar de una peregrinación a Tierra Santa, el Señor llamó a Sí a este siervo suyo bueno y fiel. El mismo día, el Santo Padre Juan Pablo II acudió a rezar ante sus restos mortales, que ahora reposan en la Cripta de la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, en Roma.

El proceso de Beatificación y Canonización de Mons. Álvaro del Portillo se abrió en Roma el 5 de marzo de 2004. La Positio sobre la heroicidad de las virtudes se ha entregado en la Congregación para las Causas de los Santos en marzo de 2010.

EDITORIAL

El año sacerdotal convocado por el Papa Benedicto XVI con ocasión del 150º aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, ofrece la ocasión de crecer en veneración y afecto por los ministros sagrados. En la vida de don Álvaro su amor a los sacerdotes aparece de modo destacado, como herencia recibida de San Josemaría. El 7 de agosto de 1976, escribía a unos fieles de la Prelatura que se disponían a recibir la ordenación presbiteral: *«Ayudad a los sacerdotes, hermanos vuestros en Cristo, con vuestra amistad sincera; con vuestra palabra de aliento, de cariño; y con la realidad de vuestra oración»*. Para Mons. del Portillo la fraternidad sacerdotal se traducía en oración, en obras de servicio, acompañamiento afectuoso, comprensión sincera y asistencia espiritual.

El Siervo de Dios consideraba de importancia capital que los sacerdotes adquiriesen *«una clara conciencia de la identidad que existe entre la realización de su vocación personal —ser sacerdote en la Iglesia—, y el ejercicio del ministerio in persona Christi Capitis [...], personificar activa y humildemente entre sus hermanos a Cristo Sacerdote que da vida y purifica a la Iglesia, a Cristo Buen Pastor que la conduce en unidad hacia el Padre, y a Cristo Maestro que la conforta y la estimula con su Palabra, y con el ejemplo de su Vida»* (Escritos sobre el sacerdocio, p. 202). Por eso, afirmaba que la raíz más profunda de la eficacia apostólica del sacerdote se encuentra en la Santa Misa, celebrada con devoción y con obediencia a las disposiciones litúrgicas:

«La fecundidad de nuestro sacerdocio arranca del amor al Sacrificio del Altar. Un amor que se manifiesta en la unión entre obediencia y piedad al cumplir las ceremonias litúrgicas establecidas por la Iglesia. No es verdadera la piedad de quien no obedece a nuestra Madre la Iglesia; ni es auténtica la obediencia si no está informada por la piedad filial» (Carta, 9-I-1993, n. 26).

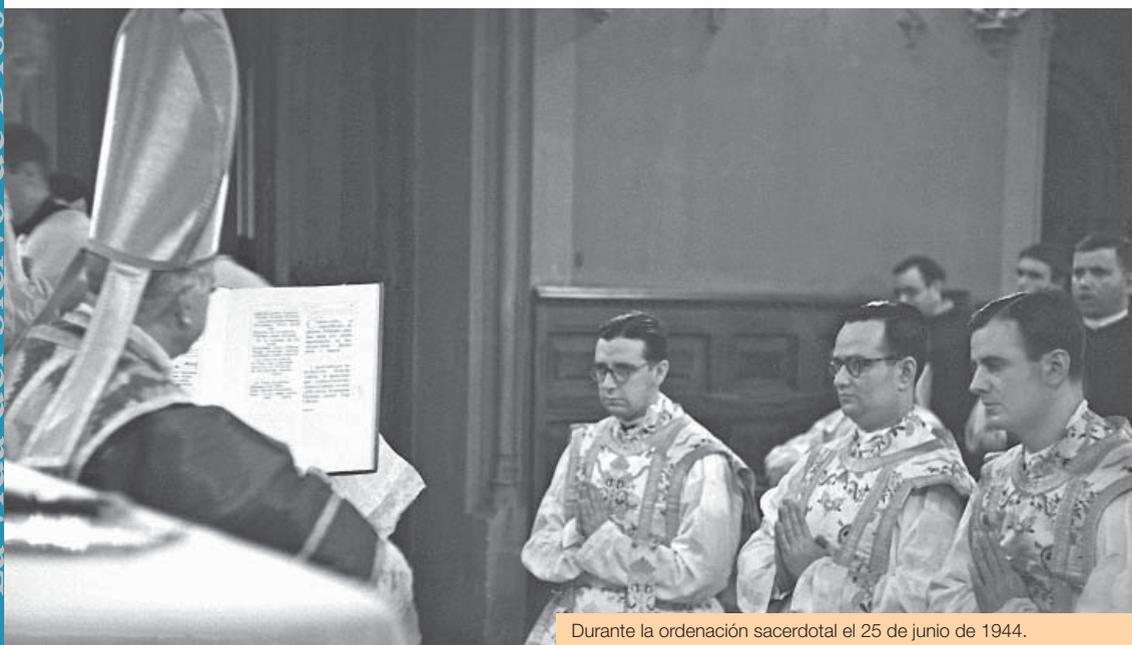
Mons. Álvaro del Portillo estaba persuadido de que, ante nuestras súplicas, la gracia de Dios es siempre fecunda, y encarecía a los fieles cristianos a que intensificasen la *«oración por las vocaciones sacerdotales: que los seminarios se llenen, que la Iglesia conozca una nueva floración de sacerdotes bien preparados, celosos por las almas, santos, otros Cristos, ¡cada uno, el mismo Cristo!»* (Carta 1-II-1986).



El Siervo de Dios confiriendo la ordenación presbiteral.

HABLAD SÓLO DE DIOS... SIEMPRE Y EN TODO SÓLO SACERDOTES

Ordenación sacerdotal y primeros meses del ministerio pastoral



Durante la ordenación sacerdotal el 25 de junio de 1944.

El 25 de junio de 1944, tras años de intensa preparación filosófica, teológica, canónica y litúrgica, los Siervos de Dios Álvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz recibieron la ordenación sacerdotal. Se realizaba así uno de los sueños del Fundador del Opus Dei, por el que tanto había rogado a Dios. Años después, en una Carta fechada el 8 de agosto de 1956, San Josemaría escribía a sus hijos: *«Recé con confianza e ilusión, durante tantos años, por los hermanos vuestros que se habrían de ordenar y por los que más tarde seguirían su camino; y recé tanto, que puedo afirmar que todos los sacerdo-*

tes del Opus Dei son hijos de mi oración». Don Leopoldo Eijo y Garay, Obispo de Madrid, ofició el rito en la capilla del Palacio Episcopal. Lógicamente, el acontecimiento se vivió con intensidad, oración y espíritu festivo entre los fieles del Opus Dei y en las familias de los ordenandos. Mientras tanto, San Josemaría celebraba la Santa Misa en el oratorio del centro del Opus Dei que se encuentra en la calle Diego de León, y pedía con fervor a la Trinidad Beatísima por la santidad de aquellos hijos. El Fundador del Opus Dei no quiso asistir a la ordenación para ofrecer ese sacrificio por los nuevos sacerdotes, y para seguir su norma de conduc-

ta habitual: *«Ocultarme y desaparecer es lo mío; que sólo Jesús se luzca»*. Además, ofreció esa mortificación por los nuevos sacerdotes. Mons. Eijo y Garay quiso almorzar con los recién ordenados. Después, durante una animada tertulia, aprovechando una momentánea ausencia de San Josemaría, don Leopoldo subrayó a los miembros más jóvenes de la Obra el gran agradecimiento y aprecio que debían al Fundador. También tuvo palabras de elogio para la fidelidad y prudencia de don Álvaro en su ayuda a San Josemaría, ante las graves contradicciones que se habían cernido sobre la Obra en España, durante aquellos años. La madre y los hermanos de don Álvaro participaron con inmensa alegría de la ordenación sacerdotal, y el gozo familiar tuvo otro ápice el día de la primera Misa solemne del nuevo sacerdote, el 28 de junio de 1944, en la capilla del Colegio del Pilar, donde había realizado los estudios de enseñanza primaria y secundaria. Fue muy concurrida la asistencia de sus antiguos compañeros, ingenieros de caminos y ayudantes de obras públicas, y de numerosas amistades. Don José Luis Múzquiz recuerda una manifestación pequeña, pero elocuente, del espíritu de oración y recogimiento con que el Siervo de Dios vivió aquella ceremonia: *«Era la costumbre entonces en España que el sacerdote se sentara en un sillón y pasaran todos los asistentes a saludarle y besarle las manos. D. Álvaro me dijo que había estado durante el “besamanos” con los ojos cerrados para no distraerse, pues había querido vivir esos momentos después de su primera Misa con especial recogimiento»* (Testimonio de José Luis Múzquiz de Miguel, AGP, APD T-17519, p. 53). San Josemaría sintetizaba la actitud que esperaba de sus hijos sacerdotes con estas palabras: *«Sed, en primer lugar, sacerdotes. Después, sacerdotes. Y siempre y en todo, sólo sacerdotes. – Hablad sólo de Dios. – Cuando seáis llamados por un penitente, dejadlo todo para atenderle»* (Vázquez de Prada, A., *El Fundador del Opus Dei*, vol. II, Rialp, Madrid 2002, p. 648). Al recorrer la vida del Siervo de Dios, a partir el 25

de junio de 1944, se tiene la impresión de asistir a la fiel encarnación de ese ideal. Desde el día siguiente a la ordenación, don Álvaro fue el confesor de San Josemaría. Además de continuar desempeñando las tareas de Secretario General del Opus Dei, se ocupó de la atención sacerdotal de las personas de la Obra que vivían en Madrid y en las ciudades del centro y norte de España, a las que viajaba periódicamente para impulsar los apostolados. Dedicó muchas horas a la dirección espiritual de las almas. El Señor le adornó con singulares cualidades de prudencia, humanidad, bondad y simpatía que le hacían particularmente idóneo para esta tarea. Sabía despertar confianza en las personas y sus consejos eran muy acertados. Así lo testimonia don José María Casciaro: *«Era siempre comprensivo y, al mismo tiempo, exigente con amabilidad: mezclaba las*



El obispo de Madrid con don Álvaro del Portillo.

razones teóricas, alentadoras, con la concreción en los puntos en que debía esforzarme por mejorar o rectificar. Y atendía también a mi salud física: un día me invitó a hacer algo de deporte» (Casciaro, J. M., *Vale la pena*, Rialp, Madrid 1997, pp. 138-139). La predicación de don Álvaro era sencilla e incisiva. Buscaba mover a las almas hacia el amor de Dios, y confiaba en que el fruto provendría no de su elocuencia, sino de la acción de la gracia. En 1983, con la sencillez de una profunda convicción, aseguraría durante una charla de catequesis: **«Lo importante no es lo que diga yo; lo importante es lo que el Espíritu Santo sugiere en el alma de cada uno, en la mía también»** (AGP, P01, 1983, p. 929). Su guía próxima para toda su labor sacerdotal fue siempre la fidelidad al espíritu del Fundador, como se releja en la siguiente carta: **«El domingo dejé al Señor en el oratorio, que ya estaba terminado. Lo hice temprano [...]. Hubo el correspondiente fervorín, en el que dije lo que imaginaba que Vd. diría: “... el Padre, seguramente, os diría...”»** (Carta a San Josemaría del 2-XII-1945). Andrés Vázquez de Prada narra en su biografía sobre San Josemaría que *«alguien, antes de la ordenación, había comentado: “ahora los ordena, y después los matará a trabajo”. Al poco tiempo el dicho cobró cuerpo y nació la leyenda de que, efectivamente, los “mataba” a trabajar. Y algo tenía de fundamento, porque el Padre, tan pronto se ordenaron y les vio en condiciones de predicar y ejercer su ministerio, los lanzó a viajar apostólicamente de aquí para allá»* (Vázquez de Prada, A., *El Fundador del Opus Dei*, op. cit., vol. II, p. 643). Efectivamente fue así. En una carta del Siervo de Dios, escrita a los diez meses de la ordenación sacerdotal, leemos: **«Aparte de las muchas horas semanales que resultan de dirección espiritual y de confesiones, llevamos entre los tres en los diez meses de sacerdocio, en los que no hemos dejado el estudio, treinta tandas de ejercicios**

espirituales y cerca de 90 días de retiro para intelectuales» (Carta a José Orlandis y Salvador Canals del 22-IV-1945).

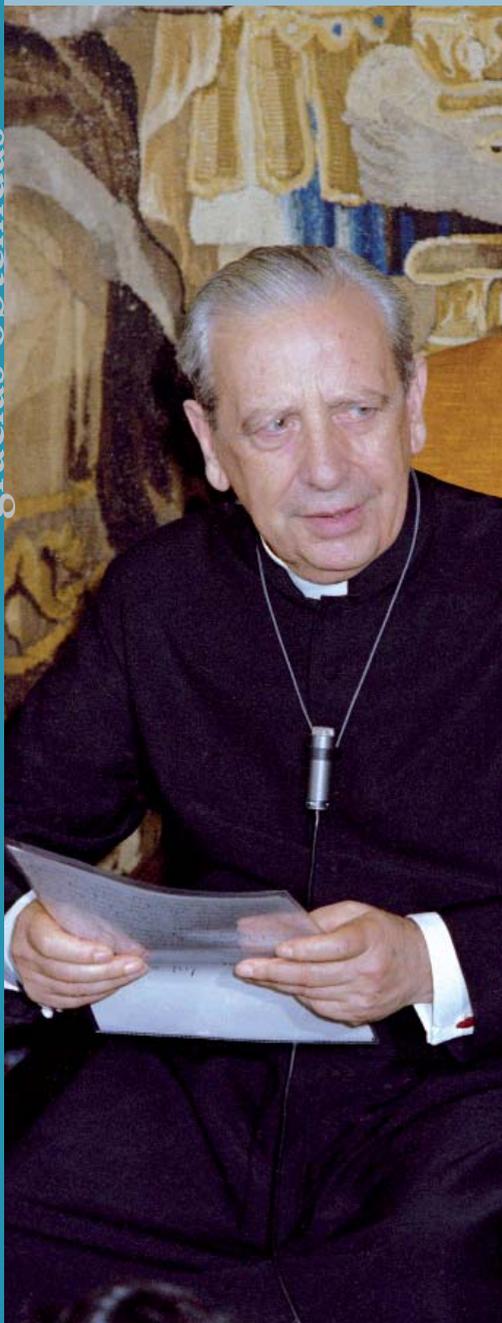


El Siervo de Dios da la bendición a San Josemaría el 26 de junio de 1944.



Don Leopoldo Eijo y Garay saluda a San Josemaría después de la ceremonia.

AVORES DE DON ÁLVARO



Debajo de una baldosa

Necesitaba cierta cantidad para poder acudir a una Convivencia de verano (...). Junté algo de dinero vendiendo tarjetas de Navidad, que se unieron a mis ahorros y a lo que me dieron mis padres. Pero me seguían faltando cien dólares (...). Al verme en esa situación, decidí pedir ayuda a don Álvaro rezando la oración de la estampa. Tenía mucha fe en que él obraría el favor que le pedía.

Faltando tres días para partir, mi madre y mi hermana iban juntas por la mañana hacia un lugar, y en el trayecto de repente se detuvo mi madre y le dijo a mi hermana:

– *¿Ves eso que está ahí, en la baldosa loja?*

– *Sí. ¿Será lo que estamos pensando?*

– *Levántalo.*

Acto seguido, mi hermana levantó un papel chamuscado, sucio y medio roto. Era un billete de cien dólares. Enseguida volvieron a casa y me contaron lo sucedido. Mi mamá dijo:

– *Fue él: don Álvaro.*

P. L. (Argentina)

Siete Camiones

Un hermano mío tiene un pequeño barco con el que realiza faenas de pesca, y con él trabajan para procurarse su sustento nuestro hermano menor y el hijo de otro hermano.

A finales de 2005, la situación económica de los tres era muy difícil, y además el primero estaba complicado con deudas que los acreedores le exigían satisfacer.

Con constancia, solicité en mi oración que el Señor les proporcionara pesca abundante y bien remunerada. Acudía a diario a la in-

tercesión de don Álvaro para conseguir esta gracia. El 27 de enero de 2006, se produjo una pescacomo jamás se había obtenido desde el inicio del negocio, que ya tiene seis años. Luego, no se ha repetido. Llenaron siete camiones de peces –concretamente fueron corvinas, de buen tamaño–, que vendieron a excelentes precios en el mercado.

La situación económica mejoró para todos: se pagaron todas las deudas y se reconstruyó una costosa red, que ha permitido incrementar la producción habitual. Lo considero un claro y señalado favor de don Álvaro.

A. P. (Ecuador)

Con la fecha precisa

Don Álvaro ya me ha concedido varios favores, y en esta ocasión volví a dirigirme a él para un problema al que me enfrentaba desde hacía tiempo. Estaba llegando al final de mi contrato de trabajo y no lograba encontrar otro empleo que me conviniera en la ciudad donde vivo (...): tener que mudarme me resultaría muy difícil y doloroso. Además ya tengo una cierta edad, y empezar de nuevo en otro lugar no me resultaría nada fácil. Recurrí a don Álvaro sabiendo que él había ayudado mucho a San Josemaría en la resolución de varios asuntos materiales. Además, como dije, ya había obtenido varios favores acudiendo a su intercesión, también en pequeños asuntos relacionados con el trabajo. Pero ahora se trataba de algo mucho más serio para mí: nunca había estado en el paro, y la perspectiva me horrorizaba.

En los meses anteriores a que dejara mi empleo encontré varios trabajos que me interesaban pero, a pesar de hacer las entrevistas, no fui contratado (...). Precisamente por esos días leí el relato de una persona que, como yo, no lograba encontrar un empleo, y un amigo le dijo: tenemos que confiar en don

Álvaro. Eso sonaba bastante a mi problema, y renové mis oraciones con nueva fe.

Justo al final de mi contrato recibí la invitación para una entrevista sobre una posible plaza de profesor. Mi contrato acababa el último día de junio y la entrevista tendría lugar el 4 de julio. Durante ese tiempo recé con insistencia la oración de la estampa.

El encuentro duró más de una hora. Los días siguientes, mientras esperaba noticias, me encontraba muy nervioso, y empecé a rogar que el 7 de julio –aniversario de la incorporación de don Álvaro al Opus Dei– recibiera buenas noticias. Sin embargo, ese día no hubo ninguna llamada telefónica... Así que le dije a don Álvaro que, si no podía ser una llamada telefónica, también me daría por satisfecho con una carta que, fechada ese día 7 de julio, me comunicara la buena noticia. Era lógico esperar que una carta así llegaría al día siguiente, pues sería correo local. Sin embargo, el 8 de julio –era viernes– el cartero no apareció por mi calle. Seguí confiado en que don Álvaro me había escuchado y mi petición ya estaba garantizada.

Por fin llegó el lunes 11 de julio, y el cartero me entregó la carta en la que se me ofrecía el trabajo que estaba esperando. Me dio tanta alegría que en ese momento no miré la fecha. Pero más tarde volví a consultar el papel y, efectivamente, estaba fechado el 7 de julio.

P. G. (Irlanda)

La llave rebelde

Me parece que lo que voy a contar muestra la bondad de don Álvaro, siempre dispuesto a intervenir incluso en las pequeñas necesidades domésticas.

Hace un mes me encontraba visitando a una hermana mía. Mientras la ayudaba a ordenar una habitación, cerré con llave la puerta de un armario. Enseguida mi hermana me miró

horrorizada. Me dijo que la llave de ese armario era defectuosa y que, una vez cerrado, no había manera de volverlo a abrir. Algunos días antes se había quedado bloqueada y a su marido le costó mucho tiempo –y una pequeña herida– resolver el problema (...).

Comprobamos que, en efecto, la llave estaba completamente bloqueada. Además, era casi la hora de salir para la Misa, y mi hermana necesitaba algunas cosas del armario para prepararse. Le rogué que se tranquilizara, asegurándole que encontraríamos una solución en poco tiempo.

Recé con mucha intensidad la oración para la devoción privada a don Álvaro, pidiéndole que resolviera el problema que acababa de causar. Nada más acabar la oración, volví a intentar mover la llave, que esta vez giró sin ninguna protesta y pudimos abrir el armario.

F. V. (Italia)

No sólo un bolso

Volviendo a casa con mi hermana, me di cuenta de que había perdido el bolso. Volvimos al parque donde habíamos estado y revisamos el aparcamiento donde dejamos el coche, pero no encontramos nada. Preguntamos en un centro comercial cercano, llamamos a la policía local... Pero sin éxito.

Después de encomendárselo a don Álvaro, llamé a mi móvil, que tenía dentro del bolso, con la esperanza de que respondiera alguna buena persona. Estuve llamando durante esa mañana, pero nadie respondía (...). Al final contestó un chico que me dijo que sus padres habían encontrado mi bolso en el aparcamiento y que lo habían tomado para ver si daban con la dueña de alguna manera. Ellos oían el móvil, pero no sabían qué hacer para atender la llamada. Por eso al principio no respondían. Me dio la dirección de la casa y fui para allá.

Abrió la puerta un matrimonio muy amable. Me hicieron pasar y la señora, con gran simpatía, me sometió a una especie de examen para comprobar si de verdad era el bolso que yo buscaba. Fui enumerando lo que recordaba que tenía dentro y, pasado un tiempo, la señora me dijo que faltaba algo que era lo que más le había gustado. No hacía más que pensar, pero no recordaba de qué se trataba. Por fin lo dijo: el rosario. Me explico que ella y su marido rezaban todos los días tres partes (...). Charlamos un rato y, cuando les pregunté si conocían al Fundador del Opus Dei, respondieron: Monseñor Escrivá de Balaguer, un “santazo” (...).

Atribuyo a don Álvaro los dos favores: encontrar mi bolso y haber conocido a este matrimonio tan bueno.

M. C. R. (España)

Negocio redondo

El pasado mes de diciembre estaba sin trabajo. Había comenzado a encomendar a don Álvaro que me ayudara a encontrar un empleo con las siguientes condiciones: bien pagado, sin necesidad de salir mucho de casa, compatible con mis obligaciones familiares (...).

En pocos días me llamó una amiga diciendo que un señor buscaba alguien que redactara artículos para una página web sobre la familia. En seguida me puse en contacto con él, y desde hace tres meses escribo artículos para gente joven sobre literatura y cultura. Estoy muy ilusionada con este nuevo trabajo: gano el doble que antes, no tengo que salir de casa y me deja mucho tiempo libre. Además, mi labor me permite orientar a los jóvenes en el ámbito de los valores, la búsqueda de la verdad, etc.

K. S. (Polonia)

Akortando plazos

Llegué a Canadá un 18 de febrero, víspera del santo de don Álvaro, con un visado de estudiante. Cuatro años después terminé mi programa en la Universidad de Toronto, y decidí cambiar el visado por uno de inmigrante, para poder trabajar y quedarme en el país. Sabía que no iba a ser fácil, pues no tenía experiencia de trabajo y el proceso llevaría mucho tiempo. Comencé a rezar la oración para la devoción privada a don Álvaro todos los días, pidiendo por esa intención. Contacté a un abogado que me ayudaría en los trámites, quien me aconsejó que consiguiera un contrato condicional de trabajo. Este contrato tendría que ser evaluado por el gobierno y, en caso de ser aceptado, me haría posible el visado de inmigrante. Comencé a recopilar los papeles, documentos y firmas que necesitaba. Finalmente, el 19 de febrero, santo de don Álvaro, llegaron los últimos documentos y pude mandar al gobierno el contrato condicional de trabajo. Mi abogado, experto en la materia, me dijo que debíamos esperar por lo menos dos meses para recibir la respuesta, pero yo seguía rezando a don Álvaro para que todo saliera más rápido (...).

Menos de un mes después, el 11 de marzo –cumpleaños de don Álvaro– recibí una llamada de la asistente del abogado, que me informó de que el gobierno había aceptado mi contrato de trabajo. En la conversación no paraba de repetir lo impresionada que estaba por la velocidad del proceso. Dijo que en sus muchos años de experiencia, nunca habían contestado en menos de un mes. Yo le dije que a mí no me sorprendía, pues había estado rezando a don Álvaro. Le prometí que le llevaría una estampa la próxima vez que fuera al despacho.

Con esta respuesta del gobierno ya pude completar mi solicitud de visado. Esta vez, el plazo era de dieciocho meses de espera para obtener respuesta de la Oficina de Inmigración. En mayo del siguiente año recibí



Durante un viaje a Kenya con un grupo de alumnas y profesoras de Kianda.

instrucciones para realizar un examen médico, que es el último paso del proceso. Como siempre, tenía la seguridad de que don Álvaro se luciría en la recta final y, efectivamente, los resultados médicos fueron recibidos el siete de julio, aniversario de la petición de admisión de don Álvaro. Unos días después, me notificaron que ya era inmigrante.

M. C. C. (Canadá)



EL CITE EN CEBÚ

Formación integral al alcance de todos

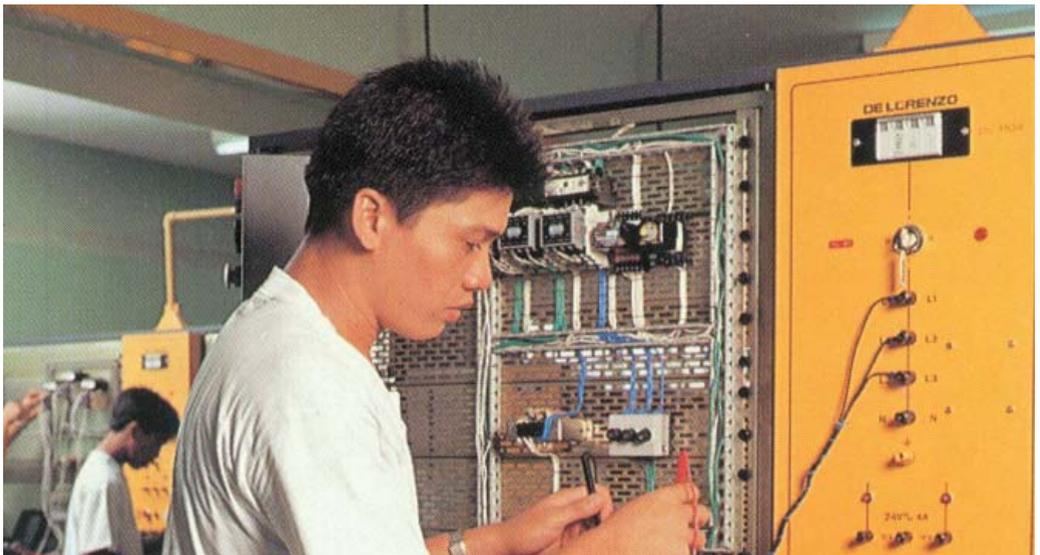
con su empuje



En 1987, durante su estancia en Filipinas, don Álvaro se acercó a Cebú City el 28 y 29 de enero. Uno de los días que transcurrió allí, mientras se dirigía al lugar donde se celebraría un multitudinario encuentro de catequesis, le llamó la atención el elevado número de chabolas que se divisaba desde la carretera. Esa pobreza conmovió a Mons. del Portillo y, antes de dejar la ciudad, sugirió a algunos hijos suyos del Opus Dei que promoviesen una labor social para ayudar a las familias de aquella barriada.

Así surgió el *Center for Industrial Technology & Enterprise (CITE)*. Los promotores deseaban impartir formación profesional de alto nivel técnico, acompañada de formación humana y cristiana, a jóvenes de escasos recursos económicos. Las clases comenzaron en 1991, con cerca de un centenar de estudiantes, número que en el curso siguiente casi llegó a doblarse. Ese crecimiento ha continuado hasta ahora.

El CITE dispone de aulas espaciosas y cómodas, consultorio médico, laboratorios de informática, electrónica y mecánica, sala de dibujo técnico, pabellón deportivo. El servicio de asistencia sanitaria ofrece revisiones





D. Álvaro en Filipinas en 1987

generales, análisis clínicos y tratamiento odontológico a los alumnos y a los empleados de las empresas industriales de la zona. El ITP (*Industrial Technician Program*), que dura tres años, proporciona un título especializado en las siguientes ramas de tecnología industrial: electrónica, electromecánica, mecánica e información técnica.

Hasta la fecha, se han graduado en el Programa Técnico Industrial más de mil setecientos jóvenes; y cada año se incorporan unos trescientos estudiantes, en su mayoría provenientes de familias de la zona. Los graduados del CITE encuentran empleo con facilidad, muchas veces en las mismas empresas que colaboran con la institución, facilitando material técnico y medios económicos. El CITE también imparte cursos intensivos de perfeccionamiento a trabajadores de las fábricas cercanas, que duran entre treinta y noventa horas.

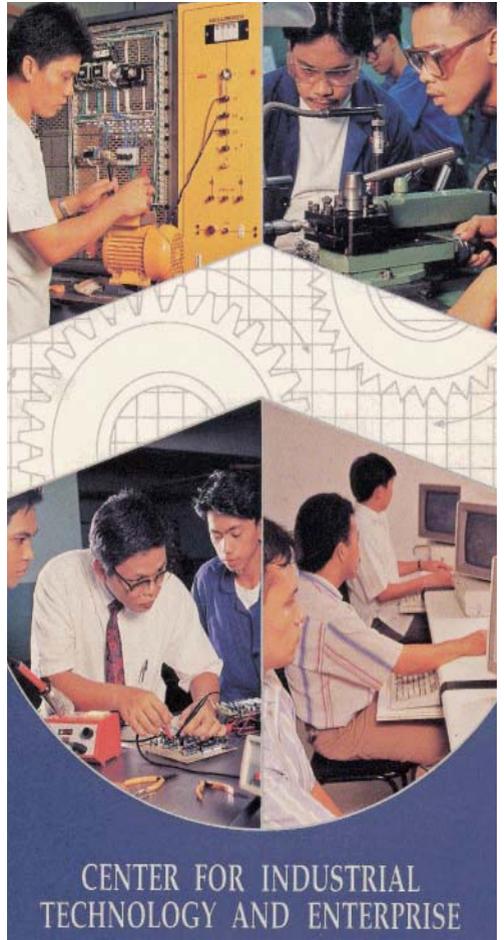
Los alumnos valoran la formación que reciben. El *currículum* escolar comprende clases específicas de Ética del trabajo y de Formación teológica. Además, todas las asignaturas se procuran impartir con una profunda visión cristiana. Las tutorías constituyen una

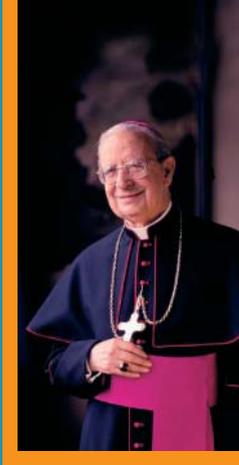


gran ayuda para el aprovechamiento escolar y humano, y son particularmente bien acogidas por los alumnos porque les muestran de manera palpable cómo los profesores se interesan realmente por todo lo suyo.

Uno de los profesores del CITE escribe: «son muchos los logros de nuestros estudiantes, que nos alientan a continuar con esta labor de promoción social, seguros de que don Álvaro nos cuida ahora desde el Cielo con atenciones muy especiales».







ORACIÓN

para la devoción privada

*Dios Padre misericordioso,
que concediste a tu siervo Álvaro, Obispo,
la gracia de ser Pastor ejemplar en el servicio
a la Iglesia y fidelísimo hijo y sucesor
de San Josemaría, Fundador del Opus Dei:
haz que yo sepa también responder
con fidelidad a las exigencias de la vocación cristiana,
convirtiendo todos los momentos y circunstancias
de mi vida en ocasión de amarte
y de servir al Reino de Jesucristo;
dignate glorificar a tu siervo Álvaro
y concédeme por su intercesión el favor que te pido: ...
(pídase). Así sea.*

Padre nuestro, Ave María, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Este Boletín se distribuye gratuitamente.

Quien desee recibirlo puede pedirlo a:

**Prelatura del Opus Dei,
Oficina para las Causas de
los Santos**, calle Diego de León,
14, 28006. Madrid

Quienes deseen ayudar, con sus limosnas, a los gastos de edición de esta publicación, pueden mandar los donativos a:

**Prelatura del Opus Dei,
Oficina para las Causas de
los Santos**, por giro postal o por transferencia a la c/c. número 0182-4017- 57-0018820005, del BBVA, Agencia Urbana de la calle Diego de León, 16, 28006 Madrid

De conformidad con la legislación sobre protección de los datos personales, se garantiza la posibilidad de pedir la cancelación del propio nombre en la dirección del Boletín, enviando un e-mail a ocs@opusdei.es, o bien por correo a:

**Prelatura del Opus Dei,
Oficina para las Causas de
los Santos**, Diego de León, 14,
28006 Madrid

En caso de no encontrar al destinatario, devolver al remitente.

Director Responsable:
José Carlos Martín de la Hoz

Imprimatur:
+Mons. Javier Echevarría,
Prelado del Opus Dei.

Idea gráfica : MCM S.r.l. - Firenze
Dep. Leg.: B.42.417-2009
Imprenta: Litoplex Industria
Gráfica sa, Manresa